



En el bosque de la cultura



Universidad de Los Andes
Instituto de Investigaciones Literarias
«Gonzalo Picón Febres»

El extravío fundante: El cuento de tema petrolero en Venezuela

GREGORY ZAMBRANO

En Venezuela el petróleo ha impactado diversas esferas de la vida nacional, no sólo de manera recurrente en el discurso económico, en relación con una riqueza mineral fundamental o con el auge de una empresa decisiva desde los años veinte de siglo pasado, sino que su impronta ha modelado mucho del ser venezolano, ha modificado sus patrones de conducta, sus niveles de vida, sus migraciones e integración a la urbe, etc. En la literatura esos elementos se han registrado de manera histórica, social, política y también simbólica, tanto en el discurso ensayístico como en diversas novelas y cuentos.

En este último género, el tema petrolero se ha representado de múltiples maneras, como parte de un mundo que, por novedoso, exige un lenguaje que permita condensar esa realidad, nombrar la nueva espacialidad y mostrar los conflictos, las búsquedas, la cotidianidad de un mundo que se fue haciendo de manera paralela al crecimiento y consolidación de la gran industria. En estas notas comentaré algunos elementos que subyacen en la problemática espacio-temporal, discursiva y simbólica en cuentos de tema petrolero escritos por algunos autores, entre ellos, Valmore Rodríguez, Ramón Díaz Sánchez, Marcial Hernández, Jesús Enrique Lossada y Eduardo Arcila Farías.

Si extrapolamos la complejidad del tema petrolero del entorno económico, político y social en Venezuela, nos encontramos con una

espesa capa de significaciones, que en grado diverso ha permeado una producción literaria rica en temas y estructuras. La historia literaria nacional registra un conjunto de obras que si bien no es importante desde el punto de vista cuantitativo, sí lo es desde el cualitativo, que en grado de complejidad diversa muestra una preocupación no nueva por dejar constancia verbal de las condiciones, de los grados de significación con que esa realidad ha impactado el cuerpo de lo literario.

Un tejido amplísimo de temas podría extrapolarse de un conjunto de relatos —cuentos y novelas— desde los cuales se puede leer la impronta que el tema ha dejado en el lenguaje. Discursividad y representación simbólica son dos instancias desde las cuales podemos apreciar la asunción de ese lenguaje que registra el complejo mundo del petróleo como marca social, económica, pero también como marca cultural.

Demás está decir que el número de autores y el registro mismo de textos, están codificados por el sino de la marginalidad, pues constituyen al mismo tiempo un micro universo, precisado por el entorno suburbano y periférico mientras que desde el punto de vista económico, el petróleo ocupa un lugar hegemónico como potenciador de las realidades de la nación y el estado. Por ello, ante un discurso marginal, literariamente hablando, se sumerge una tradición que intenta recuperar, lo autóctono, eso que fue preocupación constante en la memoria costumbrista de los abuelos. Y de allí surge quizá el límite mismo de lo que en materia de realidad se provee la literatura, quizás arraigada en un cuadro rápido y no siempre efectista, cuya principal trampa parece ser la falsificación del lenguaje y las situaciones recreadas, para dar paso, más certeramente, a una captación de la oralidad que en mucho subsuma el amaneramiento del relato. Esta deficiencia en parte se resarce por el estilo, que recupera mucho de la prisa periodística, de la cual parece quejarse Miguel Ángel Campos en *Las novedades del petróleo*¹, junto a problema de la forma, herencia parcial del cuadro costumbrista decimonónico.

La cultura petrolera y la cultura de la pobreza

El relato de tema petrolero, con estar inserto en un marco que deja ver las contradicciones de una realidad cambiante de manera ver-

tiginosa, se queja también del hacinamiento en las ciudades, la proliferación de espacios provisionales que se van quedando anclados en el espacio/tiempo, y el desamparo que cunde al sujeto atraído por la riqueza rápida y que lo deja detenido en un afán contradictorio de su propia esperanza. Ese mundo se abre como un abanico de opciones para ver desde dentro, y no sólo literariamente, esa cultura de la carencia que emana de un sueño a todas luces reluciente, que como bien lo señalara Arturo Uslar Pietri, se muestra como un mundo totalizante: «El petróleo es la fuente que va haciendo más ancho el peligroso foso de la desigualdad social. El tono convincente en la oración demagógica del agitador, lo pone el petróleo. De petróleo se alimenta la inquietud social y la inestabilidad»².

De manera diversa continúan vigentes las preguntas sobre la cultura del petróleo y más aun urgente es la pregunta sobre la literatura del petróleo, que al parecer, y abundan los silencios al respecto, no ha merecido una importante reflexión pues el tema, por la eterna novedad que impone, ha pasado de largo en la imaginación de nuestros escritores, si exceptuamos el hecho de que en buena medida no ha sido más que un pretexto para hacer aproximaciones a la llamada crítica social y política. Mientras que Rómulo Gallegos «se aboca a una tarea postergada, cual es fijar los referentes de una sociedad agraria de aspiración civilista, y puede decirse que es un paso de avance. Frente a ese cuadro de tareas tardías o inacabadas el espectáculo petrolero tendría no sólo que esperar su hora sino que la vería pasar»³.

La producción simbólica de un conglomerado humano tiene que ver con la identificación del imaginario social con un referente real, la cosa nueva descubierta como novedad tiene un espeso halo de misterio que no da con lo conocido, con lo visto y transitado: frente a los referentes reales de una sociedad que se debatía en la lucha con la naturaleza, como los asumieron los costumbristas y los criollistas, frente a lo nacional, el discurso que daría cuenta de los cambios sociales y de mentalidad que surgen de las transformaciones raudas de la vida petrolera no tiene un impacto como desde afuera podría esperarse. Se trata más bien de una perspectiva desganada, carente de tensión poética que nutra su lenguaje e impacte con la elaboración simbólica que la socie-

dad a su alrededor parece mostrarle. Es quizás por esa razón, que Miguel Ángel Campos, desde su perspectiva abarcadora de la problemática simbólica de la cultura petrolera llegue a conclusiones desoladoras: «Novelas y cuentos aparecen así atiborrados de personajes movedizos, chillones, hospitalarios, zalameros, dando la bienvenida y estableciendo sus propias relaciones con los huéspedes, sin que nadie los haya designado anfitriones. Se trata de una cultura de trastienda, imponiéndose desde la cocina y forjándose contra una cierta venezolanidad, de allí que la narrativa del petróleo como literatura de tesis sea pobre, insignificante ya que carece de asidero en grandes símbolos nacionales, pues tales símbolos le eran ajenos»⁴.

Pero ante esa prerrogativa de carencias, quizás el modelo más ajustado a la conformación de un imaginario del tema petrolero que pasa con solvencia el tamiz de la crítica es al aporte de Ramón Díaz Sánchez, quien no sólo en su novela *Mene* (1936), sino en sus cuentos, «Cardonal» (1934), «Brujería» (1934) y «Fuga de paisajes» (1941)⁵, pudo entablar ese puente entre la conformación de un universo representado a partir de sus símbolos y estructurar un discurso vigoroso, autónomo, en el que sustenta buena parte de todo su proyecto narrativo.

Se trata entonces de un discurso que fomenta la reflexividad sobre el fenómeno económico-social, que va hacia lo político y permea, en tanto manifestación del hacer humano, toda la cultura, y es en la literatura donde esa reflexividad alcanza su más alta expresión. Sin duda que es en la novela del petróleo donde la complejidad del mundo se transparenta con la visión recortada de la realidad que se genera. Como en una especie de simultaneidad cubista, el auge de la industria va de la mano con el crecimiento de las ciudades, y con ello de sus problemáticas diversas y complejas⁶.

Todo ello conlleva un sin fin de calamidades que podrían enumerarse rápidamente: auge de los botiquines, con ello del alcoholismo, centros de prostitución y apuestas, prestamistas, usureros, vividores, son vistos como una ejemplificación de un eje del mal, pero no como consecuencia de lo otro. Es la tierra de la mina la que engulle a sus hombres —muchos serán destinados a oficios de alto riesgo— y donde las mujeres medran su soledad y desencanto.

El doble perfil de la mujer del obrero que escancia su soledad en medio del ansia material y la mujer del *míster* que escurre su tiempo entre los juegos de *bridge* y sus costumbres mundanas no resignadas a una espera aletargada, proclives justificadas a la infidelidad por cuanto sus maridos pasan demasiado tiempo en el campo petrolero, como es el caso del cuento «Fuga de paisajes» (1941), de Ramón Díaz Sánchez, donde la sorpresa narrativa se sustenta sobre la espera excesivamente acariciada de un segundo hijo, rubiecito, del musitú con Ángela Rosa, y el desengaño que produjo al nacer el *baby* negrito. Esto marca textualmente en una especie de «margen», a un personaje disidente. Lo demás son los signos de la huella laboral que caracteriza un hacer materializado por la urgencia de su destino: contratistas, carpinteros, herreros, montadores, etc., frente a la distinción del *míster*, a quien lo cobija el peso de su rol social superior de ingeniero, pero también están el guachimán, el caporal, frente a la máquina, el taladro, la lista negra y el pito que llama a las labores.

Los signos del petróleo y el cuento nacional

En «El mayor» (1934), de Valmore Rodríguez⁷, la desgracia del padre está asociada a la presencia acechante de los hombres de las compañías; la fuga de la hija mayor con un camionero, presupone el mismo destino para la hija menor. Nada más ocurre en el pueblo que el paso de los camiones que llevan o traen como destino a la compañía. Ella es la culpable de todo el conjunto de carencias que se focalizan desde la experiencia verbal del padre. Las hijas son justificadas, «Ella no tiene la culpa, son las compañías, es el petróleo». A la soledad del personaje acude una irremediable resignación que envuelve toda una violencia desde afuera, desde los hombres que vienen en la gabarra a colocar tubería.

Una prolongación de la misma problemática está en otro de sus cuentos, «La capitana» (1942), en el cual la tragedia del personaje se va construyendo discursivamente al desvanecerse el proyecto ambicioso de tener su propia embarcación y comerciar navegando el lago de Maracaibo; en la dificultad de lograrlo, sucumbe ante la posibilidad de sobrevivencia alquilando su fuerza de trabajo a la compañía petrolera,

pero esto tampoco sucede; a la violencia del puerto en el que otro día desembarca, encuentra el desenlace de su destino, apuñalado por una «mujer de la calle», en Cabimas.

En «Cardonal» (1934), de Ramón Díaz Sánchez, se presenta una temática que desafía el sentido de pertenencia. Ante la creación de los pueblos nuevos, fundados bajo la contingencia de la compañía, surge la rivalidad entre pobladores migrantes que, provenientes de las tierras falconianas y margariteñas, rivalizan en cuanto a la posesión de la tierra, imposición de patrones de conducta y costumbres. La rivalidad pasa por fijar no sólo la competencia laboral sino incluso la seducción de las mujeres corianas por parte de los margariteños, quienes lucen más dispuestos para el trabajo y la organización. El relato describe una polarización de caracteres debidos a la naturaleza externa y no asimilada a la nueva realidad que se construye en el margen del campo petrolero, en los «pueblos nuevos» forjados de manera provisional y dependiente de la vida del campo.

A este patrón, sumamente rico de contrastes, se incorpora la visión sociologizante del narrador sobre la naturaleza híbrida de los grupos humanos enfrentados o confrontados a una realidad que los obliga a crear nuevos patrones de sobrevivencia, a partir de un sentido de territorialidad.

«La Piragua de motor» (1938) de Jesús Enrique Losada⁸, contrasta la realidad que se oculta bajo los ingentes signos de modernidad, quizás amparados en el culto al cientificismo o la tecnología, el marco es propicio para que un personaje, venido de la medianía del campo, ascienda socialmente mediante su trabajo y logre escalar no solo posición social, casándose con la nieta de su benévolo patrón, sino adquirir una piragua con la que va a surcar el lago de Maracaibo en procura de mejoras económicas. Esto redundando en una conciencia de movilidad ciudadana, pero que a la larga, saturado de rutina y desgaste, deja al desnudo a su personaje que naufraga sin remedio como el derrotero de su nave tripulada por un muerto.

De todos los cuentos de tema petrolero, solamente el titulado «Sudor», de Eduardo Arcila Farías, figura en la *Antología del cuento venezolano* (1955) de Guillermo Meneses⁹. Es un cuento en el que la

tensión narrativa oscila entre el sujeto que ata su cotidianidad al turno de entrada a la fábrica, a la sirena estridente que anuncia el inicio de la jornada y el apresuramiento de los obreros por marcar su ingreso y evitar el descuento de la paga por el minuto perdido. En ese marco laboral se inserta la historia de una venganza postergada. El narrador se desenvuelve entre la ambigüedad de un hecho realizado por su patrón, quien aparentemente sedujo a su mujer. Luego sobreviene la negación de lograr la venganza debido a su propia cobardía, esto deja abierta hasta la posibilidad de que sea ella quien pague la afrenta.

La expectativa del relato se sustenta sobre el interés de los compañeros que esperan la acción de Martín, el personaje, quien terminará defraudándolos, cuando está frente a su mujer, y ésta lo mira con dulzura e inmovilidad. Estos hechos postergan en él el deseo de la venganza y lo dejan hundido frente a su confusión interna, su frustración y el sonar la de la sirena.

Finalmente, y para cerrar estas rápidas notas, que no pretenden más que un ejercicio de lectura temática, muchos son los elementos que podrían extrapolarse de la propuesta general del relato de tema petrolero, que incluiría una gama amplísima de temas posibles en diversos relatos, que Gustavo Luis Carrera ha extraído del conjunto de novelas que constituyen el *corpus* de su ensayo pionero *La novela del petróleo en Venezuela* (1972)¹⁰, que se circunscriben a toda una problemática devenida en reclamo y denuncia colectivas; ellos son: la explotación, los negocios turbios, la discriminación, el éxodo campesino, las bajas condiciones de vida de los trabajadores, la invasión de tierras y selvas, la rebeldía, la huelga, la represión, el imperio de la máquina, entre otras. A esta gama amplísima de posibilidades temáticas, que se encuentran en un no menos dilatado hacer novelístico, se suman los microtemas que entrelazados a las propuestas estructurales, impactantes del cuento, nos llevan a releer a la luz de estos tiempos la impronta dejada en la cultura nacional por una industria que ha modelado el ser nacional, el perfil del país, y ha dado un nuevo rostro a lo que somos como pueblo.

NOTAS:

- ¹ Caracas, Fundarte, 1994.
- ² Arturo Uslar Pietri, «El petróleo y la inestabilidad», en su libro *Medio milenio de Venezuela*, Selec. de Efraín Subero, Caracas, Cuadernos Lagoven, 1986, p. 309.
- ³ Campos, *op. cit.*, p. 19.
- ⁴ *Ibíd.*, pp. 28-29.
- ⁵ Todos los cuentos en *Caminos del amanecer*, Caracas, Monte Ávila, 1972.
- ⁶ Entre las novelas de tema petrolero más celebradas, podemos mencionar: *Mancha de aceite* (1935), de César Uribe Piedrahita; *Mene* (1936) de Ramón Díaz Sánchez y *Sobre la misma tierra* (1943) de Rómulo Gallegos.
- ⁷ Valmore Rodríguez, *Dos estampas* («El Mayor», «La Capitana»), Caracas, Editorial Magisterio, 1942.
- ⁸ En *La máquina de la felicidad*, Buenos Aires, Luz, 1960.
- ⁹ 2ª ed., Caracas, Monte Ávila, 1999.
- ¹⁰ Caracas, Servicios Publicitarios de Venezuela, 1972.

Datos: Gregory Zambrano, “El extravío fundante: el cuento de tema petrolero en Venezuela”, en Arnaldo Valero (coord.), *En el bosque de la cultura*, Mérida, Instituto de Investigaciones Literarias “Gonzalo Picón Febres”, 2004, pp. 61-68.

<http://gregoryzambrano.wordpress.com/>